Soy paciente

Denuncia literaria al sistema de salud latinoamericano*

POR › VIRIDIANA MOLINARES HASSAN

Flotación (Metáfora de la muerte), acrílico sobre tela, de Claudio Goldini, 1999.

Los oscuros rincones y laberintos autoimpuestos por el hombre a través de la burocracia han sido descritos por varios clásicos de la literatura universal, con Kafka como uno de los grandes reveladores de la dignidad humana maltratada por el poder alienante. Ana María Shua, escritora argentina, critica el sistema de salud armada de un sinnúmero de situaciones de lo absurdo que no sabremos si reír, llorar o hacer ambas cosas mientras las leemos. Este análisis de su novela nos confirma que en Latinoamérica estar enfermo y sin mayores recursos o influencias nos puede volver "paciente" en todas las acepciones del término.

La literatura latinoamericana, desde siempre, ha reflejado un fuerte compromiso con la denuncia de los males que aquejan a esta región. Los escritores del *Boom*, y quienes con menos fama pero igual talento escriben sobre Latinoamérica, no cesan de describir la inverosimilitud que para otros constituye la cotidianidad de nuestra gente. En este ámbito, resulta pertinente visibilizar la novela, *Soy paciente*, de la argentina Ana María Shua, que se constituye en una voz femenina que denuncia, literariamente, la ineficiencia, la corrupción y el surrealismo de los sistemas de salud latinoamericanos.

Desde el título de la novela se plantean dos connotaciones: ser paciente de un hospital y tener paciencia ante las deficiencias del sistema de salud. Ambas situaciones se entrelazan durante toda la historia en una simbiosis indestructible.

En la novela se narra la historia de un hombre que ingresa en un hospital para someterse a una serie de exámenes y así obtener un diagnóstico sobre los malestares que lo aquejan. Es ubicado en una habitación especial, en la que días antes estuvo el director del hospital. Su estadía, que él planteaba como cosa de días, se extiende, al parecer, por años. Durante este tiempo pierde su empleo, su apartamento, sus relaciones familiares, incluso, es sometido por error a una operación. Finalmente, el paciente se ve obligado a quedarse y se acostumbra a su vida en el hospital.

---

* Este artículo hace parte del trabajo desarrollado por el Grupo de Sociología del Derecho, línea Arte, Derecho y Sociedad, de la Universidad del Norte.

Acompañan al protagonista otros personajes que describen, de manera exacta, el universo familiar y social de un gran número de pacientes latinoamericanos. Encontramos al doctor Tracer, quien luego de sugerir el ingreso en el hospital jamás vuelve a ver al paciente:

> Me dijeron que mientras estuve inconsciente el doctor Tracer me vino a ver casi todos los días. Desde que estoy despierto no lo vi, pero el doctor Goldfarb me aseguró que lo tiene al tanto de mi evolución. Es linda la palabra evolución: suena muy positiva; hace pensar en algo que va hacia adelante o hacia arriba. (Shua, 2010, p. 74)

También está la prima Pochi, amiga y cómplice del protagonista, quien, con sus quejas, provoca el cambio de la médica tratante; se hace amante fugaz de un médico y, ante la indefinida estancia del paciente en el hospital, termina disponiendo de sus bienes, apropiándose incluso de la ropa que entrega a su novio y futuro esposo:

> [La hija de la dueña del departamento hablando con el paciente sobre el desalojo] — Algo ya hablamos con su prima Pochi: aquí mismo en el hospital hay un muchacho que se encarga de hacer mudanzas los fines de semana. Es el que maneja la ambulancia: usted se arregla con él y listo el pollo. — [...] Por otra parte usted sabe que su prima está de novia, por casarse y sus muebles le vendrían muy bien. Ahí tiene la oportunidad de hacerle un lindo regalo a esa chica que tanto se ocupa de usted. (Shua, 2010, p. 121)

Por otra parte, aparece Ricardo, un amigo al que recurre el paciente para que lo lleve al hospital; luego, durante una visita, desaparece con el dinero que el paciente le entregó para la compra de unas medicinas y reaparece después de un tiempo con las ganancias obtenidas de una apuesta que hizo con este dinero: "¿Te das cuenta de la buena inversión? En vez de tirar la plata en remedios te hice ganar unos cuantos mangos a la quiniela" (Shua, 2010, p. 78).

Sobre los personajes del hospital encontramos a una monja extranjera; a la enfermera jefe y al conductor de la ambulancia; todos, junto con sus disímiles condiciones, manifiestan una queja común: recibir muy poco dinero por la labor que realizan:

> Intento entablar conversación con una de las mucamas pero ella se limita a barrer furiosamente el piso de la habitación, hablando entre dientes de las cosas que tiene que hacer por el sueldo que le pagan. El sueldo parece ser la preocupación principal de todo el personal. No sería raro que en cualquier momento estalle una huelga. (Shua, 2010, p. 61)

Junto con estos personajes se describen las redes que se crean entre los pacientes, unidos por el destino común de que una vez adentro "no se sale nunca más", anuncio con el que los viejos pacientes reciben a los nuevos:

> El que entra en esta sala
> ya no se quiere ir,
> quédate con nosotros
> que te vas a divertir
>
> Catéter por aquí,
> y plasma por allá
> el que entra en esta sala
> no sale nunca más. (Shua, 2010, p. 21)

En la novela se pone en evidencia la estratificación de los pacientes, que se genera a partir de su condición económica y el esfuerzo constante del protagonista

ANA MARÍA SHUA

Nació en Buenos Aires en 1951. Desde sus primeros poemas, reunidos en *El sol y yo*, ha publicado más de cuarenta libros. En 1980 *Soy paciente* ganó el premio de la editorial Losada. Es autora de las novelas: *Los amores de Laurita* y *La muerte como efecto secundario*. Cuatro de sus libros abordan el microrrelato: *La sueñera, Casa de geishas, Botánica del caos* y *Temporada de fantasmas*. También ha escrito libros de cuentos: *Los días de pesca, Viajando se conoce la gente* y *Como una buena madre*. Recibió varios premios nacionales e internacionales por su producción literaria para el público infantil y juvenil. Sus cuentos figuran en antologías editadas en diversos países del mundo.

por sobornar, con buenos tratos, a todos los empleados del hospital, para no perder su privilegio de estar solo en una habitación: "Es necesario sobornar a la secretaria para conseguir una audiencia, hay que hacer cola toda la noche y, de todos modos, a los acomodados los atienden primero" (Shua, 2010, p. 86).

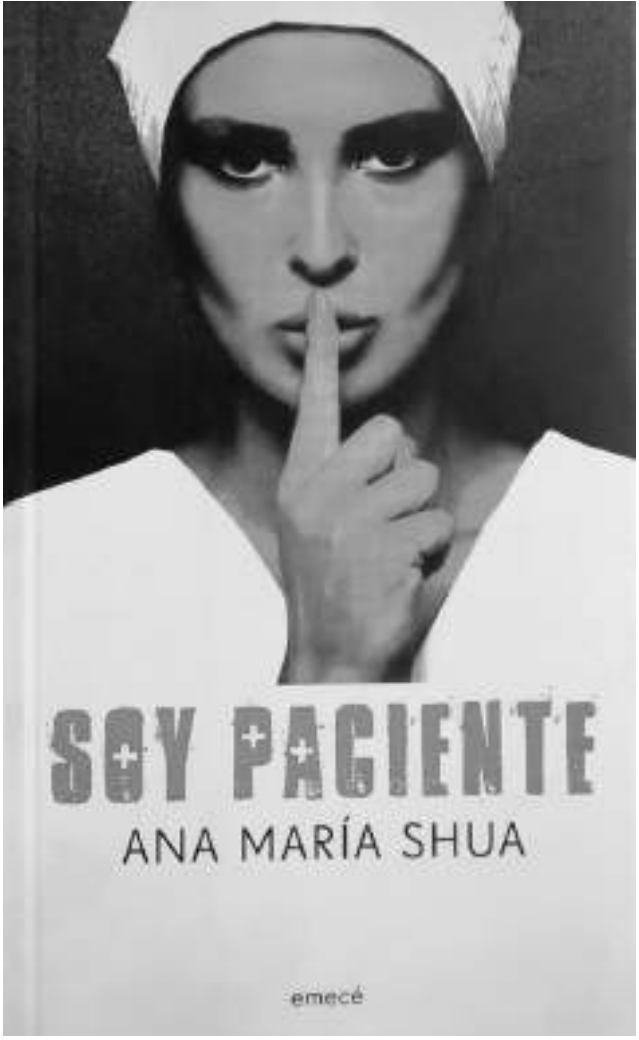
Todos los personajes de la novela piensan que el protagonista es un hipocondriaco que reclama atención; mientras este lo que busca, incluso en momentos de agonía, es ser diagnosticado, curarse y salir del hospital. Todos hacen del paciente un loco al que compadecer, no solo por la degradación que produce el hospital como lugar de muerte, donde se pierde la dignidad que obliga a la desnudez y dependencia frente a los otros, sino por una especie de inmadurez mental impuesta por quienes lo atienden. Aunque llama la atención el recurso al que acude la autora recordando, en varias ocasiones, que el paciente acude a técnicas de relajación aprendidas en un curso de control mental para soportar su situación. Esta locura impuesta contrasta con la lucidez de la que carecen los otros personajes, que se manifiesta en un juicioso registro de quejas que lleva el paciente de todas las anomalías del sistema de salud:

> Mi libretita incluye ya unos diecisiete Motivos de Queja, sin contar a las palomas porque finalmente las taché. Ahora a la mañana ya no las oigo y hasta me resulta simpático el ruido que hacen cuando se arrulla. A todo se acostumbra uno. (Shua, 2010, p. 50)

Varios eventos surrealistas ilustran la burocracia y corrupción en el hospital. Encontramos, por ejemplo, que para desinfectar la habitación del paciente, a la que llaman La Piojera, lo sacan durante todo el día del hospital a dar vueltas en la ambulancia; es ahí donde se entera de que el chofer utiliza la ambulancia para repartir *pizzas*.

En otra ocasión, se narra que para hacerle una prueba de esfuerzo ordenan al paciente limpiar el piso de la oficina del director del hospital, y en otro caso lo mandan a rescatar una pelota con la que los médicos juegan en el patio del hospital y que siempre va a parar a la casa de un vecino; de igual forma, se presenta el caso de una pareja a la que operan después de haber sufrido un accidente automovilístico y le reconstruyen al esposo la cara de la mujer y a la mujer la del marido.

Soy paciente puede entrelazarse con obras históricas y literarias que hablan de la burocracia, la decadencia de los lazos familiares frente a la muerte y de la relación del hombre con las cosas. Se trata del pasaje "Ante la ley", de la obra de Kafka *El proceso*; de *La soledad de los moribundos*, de Norbert Elias; del recuento histórico que sobre la muerte presenta Philippe Ariès en *Morir en Occidente,* y de la prosa de Jorge Luis Borges en *El Hacedor.*



Fecha de publicación original: 1980

Según Giorgio Agamben (2010), en la leyenda "Ante la ley"[1], Kafka ha representado en un esbozo ejemplar la estructura del bando soberano. Agamben, en *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, se pregunta:

> ¿Cuál es, en efecto, la estructura del bando soberano, sino la de una ley que está vigente pero que no significa? Todas las sociedades y todas las culturas (con independencia de que sean democráticas o totalitarias, conservadoras o progresistas) han entrado hoy en una crisis de legitimidad, en que la ley (entendiendo por este término el texto entero de la tradición en su aspecto regulativo, se trate de la Torá judía o de la Shariá islámica, del dogma cristiano o del nómos profano) está vigente como pura "nada de la Revelación". Más ésta es precisamente la estructura original de la relación soberana, y el nihilismo en que vivimos no es otra cosa, en esta perspectiva, que la salida a la luz de esa relación como tal.

Para Agamben (2010):

> En cualquier lugar de la tierra los hombres viven hoy bajo el bando de una ley y de una tradición que se mantienen únicamente como "punto cero" de su contenido, y que los incluyen en una pura relación de abandono. (pp. 86, 71)

En la novela, el poder soberano está representado por un personaje oculto pero determinante: el Estado. Precisamente, otra de las virtudes de la obra se encuentra en la facilidad con que la autora integra todos los elementos que hacen parte de la corrupción de las instituciones públicas latinoamericanas, el ausentismo de los directores, médicos y empleados: la omisión de diagnósticos; las operaciones erróneas; los trámites de influencias.

El caso del paciente que ingresa a morir en el hospital —la novela omite la posibilidad de que salga curado— es similar a uno de los inacabables casos reales que ilustran las portadas de la prensa colombiana. En nuestro contexto, existe la ley que obliga a la atención, se invoca, se busca, se espera, se recuerda insistentemente pero está vacía de contenido, no ofrece justicia por la burocracia y la corrupción del sistema.

Si en *El Proceso* K, a la hora de su muerte, escucha la voz del centinela decir que la puerta de la justicia, ante la que estuvo durante toda su vida, era una entrada exclusiva para él, en *Soy paciente* el protagonista es conducido a la muerte por la misma ley que existe vacía de contenido.

Por otro lado, el aislamiento y la pérdida de dignidad que sufre el paciente en el hospital nos remite a *La soledad de los moribundos,* de Norbert Elias. Para este sociólogo, quien se esté muriendo hoy se siente más solo que en otras épocas. Explica Elias que antes se moría con menos asepsia pero con más calor humano; describe de manera específica que:

> Las últimas horas son sin duda importantes. Pero, a menudo, la despedida comienza mucho antes. El quebrantamiento de la salud suele separar ya a los que envejecen del resto de los mortales. Su decadencia los aísla. Quizá se hagan menos sociables, quizá se debiliten sus sentimientos, sin que por ello se extinga su necesidad de los demás. Eso es lo más duro: el tácito aislamiento de los seniles y moribundos de la comunidad de los vivos, el enfriamiento paulatino de sus relaciones con personas que contaban con su afecto, la separación de los demás en general, que eran quienes les proporcionaban sentido y sensación de seguridad. La decadencia no es dura únicamente para quienes están aquejados de dolores, sino también para los que se han quedado solos. El hecho de que, sin que se haga de manera deliberada, sea tan frecuente el aislamiento precoz de los moribundos, precisamente en las sociedades desarrolladas, constituye uno de los puntos débiles de estas. Atestigua las dificultades que encuentran muchas personas para identificarse con los viejos y los moribundos. (Elías, 2009, pp. 20-21)

Al aislamiento y soledad descritos por Elias se ve sometido el paciente de Shua, cuando de las primeras y continuas visitas de su prima Pochi y de los padres de esta, en las que le llevan algunas cartas fugaces que le envía un hermano, pasa a esporádicas y obligadas visitas, situación que genera que los otros pacientes del hospital se conviertan en su nuevo núcleo familiar determinado, no por lazos sanguíneos, sino por la común pertenencia a un grupo marginal.

De acuerdo con Philippe Ariès en *Morir en Occidente*, desde la Edad Media hasta nuestros días, la connotación sobre la muerte ha cambiado según las sociedades y los contextos históricos. Para Ariès la muerte en la Antigüedad era una muerte anunciada, vista como una muerte colectiva y convertida en un acto público; en la Edad Media se pasó a una muerte individual, valorada a través de la idea de la salvación e ilustrada con imágenes sobrenaturales; en los siglos XVIII y XIX, la muerte provoca sentimientos de histeria en la familia, los cementerios se convierten en el espacio en el que se vive el recuerdo de los muertos; en el siglo XX nos encontramos frente a la imagen de la muerte prohibida, se vive ante la negación de la muerte, se le oculta a los niños y se excluye al moribundo del espacio familiar, se oculta el difundo, sobre todo ,

> ya no se muere en la casa, en medio de los suyos; se muere en el hospital y a solas. Se muere en el hospital porque éste se ha convertido en el sitio donde se brindan cuidados que ya no pueden darse en la casa. Antaño era el asilo de los miserables, de los peregrinos, primero se convirtió en un centro médico donde se cura y se lucha contra la muerte. Sigue teniendo esa función curativa, pero también se comienza a pensar determinado tipo de hospital como el lugar privilegiado de la muerte. Se muere en el hospital porque los médicos no lograron curar al paciente. Se va o se irá al hospital no ya para curarse sino precisamente para morir. (Ariès, 2008, pp. 73-74)

En la narrativa sobre el paciente, encontramos el fatal destino de una muerte que se espera porque el pacien-

te no puede salir del hospital y tiene que acostumbrarse a vivir ahí, tras lo cual se configura la finalidad del hospital expuesta por uno de los médicos: "No puedo autorizar que un paciente mío se vuelva a la casa enfermo —y agrega, guiñando el ojo izquierdo—: ¡O muertos o curados!" (Shua, 2010, p. 102).

Finalmente, la prosa de Borges en su poema "El testigo" de *El hacedor*: "¿Qué morirá conmigo cuando yo muera, qué forma patética o deleznable perderá el mundo?", nos remite a la relación que desarrolla el paciente con las cosas:

> Cuando entré por primera vez en este cuarto pensaba que poner afiches en las paredes me traería mala suerte: preparándome para una larga estadía, temía provocarla. Una semana era todo el tiempo que calculaba estar internado. Una semana, por otra parte, me parecía un lapso de infinita duración.
>
> Recuerdo que deseaba solamente aquellas cosas que podían obtenerse en el exterior, como ir al cine o nadar en una pileta. Ahora me conformaría con que me cambien las sábanas más seguido y que la enfermera de la mañana no me grite. (Shua, 2010, p. 128)

Para el lector de *Soy paciente*, la sensación kafkiana no desaparece nunca, puede llegar a pensar que ya nada es susceptible de empeorar para el protagonista, pero a la vuelta de cada página aparece una nueva fatalidad, una situación que no se resuelve, un final que no llega; a diferencia de Hans Castorp, protagonista de *La montaña mágica*, de Thomas Mann, el paciente de Ana María Shua tal vez nos siga sorprendiendo con otras situaciones surrealistas de nuestros sistemas de salud. H

Nota

1 Apartes del diálogo entre el sacerdote y K sobre la espera ante la puerta de la justicia: "–Eres [K al cura] una excepción entre todas las gentes de la justicia–. Tengo más confianza en ti que en cualquiera otro de ellos, y conozco ya a muchos. Contigo puedo hablar abiertamente. No te engañes –dijo el cura. –¿En qué podría engañarme?, preguntó K. Te engañas acerca de la justicia –dijo el sacerdote–, y de este error se dice en los escritos que prologan la ley: Un centinela se encuentra apostado ante la Ley; cierto día llega a buscarle un campesino y le pide permiso para entrar (en la ley). Pero el centinela le dice que no puede dejarlo entrar en ese momento. El hombre se queda pensativo y pregunta, entonces, si podrá entrar más tarde. Es posible –dice el centinela– pero ahora no... El hombre campesino no se esperaba tantas dificultades, pensaba que la Ley debía ser accesible a todo el mundo... el centinela le da un banquillo y le hace sentar al lado de la puerta. Allí permanece durante años. Al pasar los años y cuando el campesino está frente a la muerte llama al centinela y le pregunta: –Si todo el mundo quiere conocer la ley ¿cómo es posible que, desde hace tanto tiempo, nadie más que yo, te haya pedido, que le dejes entrar? El guardián se da cuenta de que el hombre está próximo a su fin, y, para poder llegar hasta su tímpano aniquilado, le grita al oído: –Nadie más que tú tenía derecho a entrar aquí, pues esta entrada únicamente estaba hecha para ti, ahora me voy, y cierro. –O sea que el centinela engañó al hombre– dijo enseguida K–, a quien la historia había interesado vivamente. –No te precipites al juzgar –dijo el sacerdote–, ni hagas tuyas, sin reflexión, las opiniones de los extraños. Te he contado la historia. (Kafka, 2010, pp. 258-259)

Referencias

Agamben, G. (2010). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida.* Valencia: Pretextos.

Ariés, P. (2008). *Morir en occidente, desde la edad media hasta nuestros días.* (3 ed.). Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editorial.

Borges, J. L. "El testigo" en *El hacedor* (En línea). Disponible en: http://www.literatura.us/borges/hacedor.html

Elias, N. (2009). *La soledad de los moribundos.* México: Centro de Cultura Económica.

Kafka, F. (2010). *La metamorfosis. El Proceso.* México: Porrúa.

Mann, T. (2010). *La montaña mágica.* México: Porrúa.

Shua, A. (2010). *Soy paciente.* Buenos Aires: Emecé.

Webgrafía

Portada de *Soy paciente*. Tomado de: http://mla-d2-p.mlstatic.com/soy-paciente-ana-maria-shua-emece-editores-escritores-arg-20490-MLA20190251155_112014-F.jpg?square=false

Obra de Claudio Goldini. Tomado de: http://www.goldini.com/goldini_flotacion.htm